



EVELYN ZAPATA

Grade 11

Albuquerque High School, Albuquerque

Teacher: Zonia Balasch Rodriguez

Los charcos o espejitos de agua hablan a gritos, ¿Los escuchas?

Cuando la lluvia finaliza, el agua crea charcos que muchas personas ignoran al caminar o se molestan por haberse mojado los zapatos. Sin embargo, para mí, un charco de agua es mucho más que un líquido estancado, es un reflejo de tranquilidad y sobre todo un espacio para dejar volar la imaginación.

Todo objeto tiene un ciclo de vida, así como el agua; empezó por la lluvia, se acumula creando desde pequeños charcos hasta el gran mar. Después, esa inmensa cantidad de agua se evapora y se crean nubes para nuevamente volver a llover creando charcos que siempre me han intrigado por sus distintas formas, colores y por las ondas que el viento les dibuja. En este asombro, siempre me han acompañado los pájaros que parecían felices de bailar en las orillas de cada charco multiplicado en las banquetas de mis calles. En sus aguas, como espejos, se ven sus movimientos y el gozo de beber esa agua que parece detenida para darles vida y más alegría.

Mi manera de percibir la vibrante presencia de los charcos se relaciona con las palabras de la artista Joy Harjo, al afirmar que “es posible entender el mundo estudiando una hoja” en su poema “La chica que cayó del cielo”. Con esta idea, Harjo nos sugiere que es la naturaleza donde hay la sabiduría necesaria para comprender el mundo que nos rodea. Si observar con atención e interés las hojas de los árboles es la oportunidad de comprender nuestro mundo, prestar atención al agua formando charcos es igualmente valioso. Para poder entender el sentido de la vida y su significado no es necesario analizar grandes objetos, porque a veces las pequeñas cosas dicen mucho más. En efecto, mi fascinación por mirar los charcos y compararlos con pequeños espejos que nos regala la naturaleza, me ha permitido apreciar el reflejo del sol en sus aguas, el pasar cuidadoso de las hormigas y los trazos del caminar apresurado de quienes no logran esquivarlos.

Como explica Aldo Leopold -un inmortal naturalista, científico, ecologista y profesor de impacto mundial- en la “Ética de la tierra” los seres humanos no somos superiores a la naturaleza, sino parte de ella. De manera más precisa, Leopold señala que “La última palabra en ignorancia es la [persona] que dice que lo animal o planta ‘¿sirve para algo?’”. Esta pregunta una y otra vez me la han hecho cuando expongo mi fascinación por los charcos o espejitos de agua que nos regala la lluvia. Me veo como una mínima parte de la inmensa naturaleza que se manifiesta y afirma en nuestro espacio cercano y de la mano de los charquitos que silenciosamente nos acompañan, así que nunca me ofende que se sorprendan de mi deseo de contemplarlos y recrearlos a mi imaginación. Además que, en conjunto con las plantas y los animales, forman una sociedad equilibrada que debemos cuidar y respetar en la medida que queramos vivir en armonía con este planeta Tierra que no tiene sustituto.

Para mí está bien claro que la naturaleza no existe para servirnos, al contrario, nosotros somos parte de ella y tenemos la responsabilidad de cuidarla. A partir de esta experiencia, mi meta es fijarme más en las pequeñas cosas y aprender que todo tiene un propósito y una razón de estar aquí. Valorar lo pequeño me ayudó a comprender la importancia de respetar y proteger el mundo.

En conclusión, los charcos de agua que suelen ser ignorados por la mayoría de las personas tienen su propio lugar en nuestro entorno. Solo es necesario detenerse y observarlos para que la tranquilidad y la imaginación se conecten con nosotros. El agua que sabemos que es esencial para que haya vida se conectó con nosotros incluso cuando sus gotas se juntan en charquitos dibujados en la tierra. Entonces, en vez de ignorar estas manifestaciones de la naturaleza, vale la pena apreciarlas y hacerlas partes de nuestro atesorados recuerdos al caminar rodeados de la naturaleza.

Do Puddles—or Little Mirrors of Water—Speak Out Loud? Do You Hear Them?

When the rain ends, water forms puddles that many people ignore as they walk by, or they get annoyed for having wet their shoes. However, for me, a puddle is much more than stagnant liquid, it is a reflection of tranquility and, above all, a space where imagination can take flight.

Everything has a life cycle, just like water. It begins as rain, gathers into puddles ranging from small pools to the vast sea. Then, that immense quantity of water evaporates, forming clouds that will once again return as rain, creating puddles that have always fascinated me with their different shapes, colors, and the ripples the wind draws on their surface. In this sense of wonder, I have always been accompanied by birds that seem happy dancing along the edges of each puddle scattered across the sidewalks of my streets. In their waters, like mirrors, you can see their movements and the joy of drinking that water, which seems still yet gives them life and even more happiness.

My way of perceiving the vibrant presence of puddles connects with the words of the artist Joy Harjo, who states that “it is possible to understand the world by studying a leaf” in her poem “The Girl Who Fell from the Sky.” With this idea, Harjo suggests that nature holds the wisdom necessary to understand the world around us. If carefully observing the leaves of trees offers an opportunity to comprehend our world, then paying attention to water forming puddles is just as valuable. To understand the meaning of life, it is not necessary to analyze grand objects, because sometimes small things say much more. Indeed, my fascination with looking at puddles and comparing them to little mirrors gifted by nature has allowed me to appreciate the reflection of the sun in their waters, the careful passing of ants, and the traces left by hurried footsteps that fail to avoid them.

As Aldo Leopold, an influential naturalist, scientist, ecologist, and professor, explains in “The Land Ethic,” human beings are not superior to nature, but rather a part of it. More precisely, Leopold states that “the last word in ignorance is the [person] who asks of an animal or plant, ‘what good is it?’” This is a question I have been asked repeatedly when I share my fascination with puddles, those little mirrors of water that rain gives us. I see myself as a tiny part of the vast nature that reveals itself in our immediate surroundings through these small puddles that quietly accompany us. So, I am never offended when people are surprised by my desire to observe and recreate them in my imagination. Together with plants and animals, they form a balanced community that we must care for and respect if we wish to live in harmony with this planet Earth, which has no substitute.

For me, it is very clear that nature does not exist to serve us; rather, we are part of it and have the responsibility to protect it. From this experience, my goal is to pay closer attention to small things and to learn that everything has a purpose and a reason for being here. Valuing the small has helped me understand the importance of respecting and protecting the world.

In conclusion, the puddles that most people tend to ignore have their own place in our environment. We only need to pause and observe them for tranquility and imagination to connect with us. Water, which we know is essential for life, connects with us even when its droplets gather into small puddles traced upon the earth. Instead of ignoring these expressions of nature, it is worth appreciating them and making them part of our cherished memories as we walk surrounded by the natural world.